

CAPITULO V.

*Progresos del Colegio en sus primeros años.
Primeros esfuerzos para catequizar á los Nayaritas.*

CL. R. P. Alcocer en sus preciosos apuntes históricos del Colegio, trae una muy juiciosa y erudita disertacion sobre patronato del mismo Colegio, probando hasta la evidencia que no existió dicho patronato, como se creyó por algun tiempo, teniendo por patrono al conde de la Laguna, como descendiente de los Sres. D. Ignacio y D. Pedro de Bernardes, de quienes se decia habian edificado el Santuario de Guadalupe y la mayor parte del Colegio.

Existia una patente del Reverendísimo P. Fr. Pedro Navarrete, Comisario general, fechada en México á 19

de Mayo de 1744 y dirigida al Conde de la Laguna, teniendo una adición en que mandaba dicho Reverendísimo P. Comisario general, se notificara á la comunidad se reconociera por patrono al repetido Conde.

El R. P. Alcocer prueba con razones incontestables que dicho Rmo. P. Navarrete padeció una equivocación, por la cual expidió dicha patente. Los dichos antecesores del Conde de la Laguna, solo habían sido simplemente bienhechores del Colegio, ó sea cooperadores piadosos, para que se edificara esta Santa Casa, como lo fueron, y se distinguieron notablemente otros muchos.

El R. P. Alcocer en la disertación á que nos referimos, prueba que no concurren los requisitos de Derecho de tal Patronato; y trae al efecto, brillantes citas de muy notables peritos en el Derecho Canónico, tales como Ferraris, Van-Spen, Barbosa, Espinosa, Rivademira, y Reinfestuel. Además, manifiesta que la cooperación para levantar el edificio fué por muchas personas; aunque algunos, como era natural, se distinguieron cooperando con mayores cantidades y auxilios por tan santo fin.

Dejando, pues, como incuestionable y evidente la no existencia de Patronato particular, atemos el hilo de la historia y contemplemos los primeros progresos del apostólico Colegio.

Fundada, como hemos dicho ya, en el año de 1707 esta Santa Casa guadalupano-franciscana, con el glorioso lema de *Proganda fide*, comenzó desde muy temprano á producir opimos frutos.

Su primer Presidente el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, viéndose rodeado de activos operarios de la viña del Señor, comenzó luego á misionar con ellos, entre fieles, mientras se podía hacer entre los gentiles, cuya conversión era el fin principal de los fervorosos colegiados.

El mismo V. Presidente, sin que obstaran las atenciones de la prelación, y sin dejar de cumplir con sus mas altos deberes, supo combinarlos con el desempeño simultáneo de la predicación, en varios pueblos.

Misionó fervorosamente en Guadalajara, en Lagos, en S. Luis Potosí; y hasta en Durango.

Al mismo tiempo que misionaba y traía al rebaño de Jesucristo á las ovejas descarriadas, procuraba buscar pastores para ellas; operarios que trabajaban en la viña. Esta era abundante; pero aquellos eran pocos; y así, rogaba al Señor mandara operarios á su viña para que la cultivasen fructuosamente.

No podían ser infructuosos los suspiros, los deseos y los empeños del V. P. El cielo oía sus preces y bendecía sus esfuerzos.

Bellos niños, como las azucenas del desierto, salían del seno de sus familias y volaban al claustro á vestir el pobres sayal ceniciento. El noviciado comenzó á poblarlo.

En aquellos tiempos se admitían niños de muy corta edad, para que recibieran en el colegio apostólico desde la primera educación y fueran formando sus corazones y sus inteligencias bajo la limpia atmósfera del claustro.

Esas tiernas plantas, parásitas de elevadas y robustos

helechos de virtud y de saber, iban creciendo frescas, lozanas, hermosas y puras para ser despues árboles gigantes que produjeran hermorsos, sazonados y multiplicados frutos. Tales fueron los primeros pasos del Colegio de Guadalupe.

Y mientras se formaban en el claustro los nuevos operarios del Evangelio, el V. P. Margil, á imitacion del Maestro Divino, enviaba por todas partes á los ya formados: *misit illos binos*; para que hicieran resonar *sobre los hechos* lo que el Espíritu de Dios, les habia hablado al oido. Veamos, aunque rápidamente los progresos que los fervorosos hijos del Colegio de Guadalupe, hicieron en sus primitivas misiones.

Tolle lege, tomad y leer, decimos á la generacion presente, entre la cual surgen espíritus inquietos que desconocen la utilidad de los institutos monásticos. Ved lo que fueron y lo que serán siempre.

En la época actual, diremos con el Baron de Henriom en su historia de las naciones, en que abundan tantas y tan injustas prevenciones contra los institutos religiosos, conviene hacer resaltar su valor y utilidad, como demostracion perentoria de lo neceseario que son, é inestimables bienes que reportan semejantes asociaciones, principal núcleo y semillero de los obreros evangélicos. Dedíquense los hombres preocupados á leer estas páginas y verán lo que han sido los *religiosos*, y no tememos asegurar que cesarán sus preocupaciones, concibiendo en su lugar, afectos de admiracion en favor del misionero que

sólo, con su crucifijo y Breviario, realizó para la felicidad de sus semejantes, cosas mas admirables de las que intentan con sus planes de civilizacion los individuos mas sábios.....

Ved, pues, contemplad á los santos misioneros de Guadalupe, de los que exclusivamente nos ocupamos ahora.

Recorrian mil poblaciones, las mas veces á pié y sufriendo penalidades mil.

Pero para dar idea exactamente histórica de lo que hacian, ayudados de la gracia, en cada pueblo en que se presentaban á desempeñar una mision, bastará trazar un cuadro que abrace á todas las que se presentaban en una por una de las poblaciones en que resonaba la voz del Señor salida de la boca de los misioneros guadalupanos.

Figuraos un pueblo, una villa ó una ciudad, en que debido á las pasiones, las ocasiones peligrosas del mundo, á las instigaciones y asechanzas del comun enemigo, y al descuido que el hombre tiene de su salvacion, se desarrollaba la inmoralidad, germinaban los vicios y se establecia el imperio del demonio.

Allí aparecia la embriaguez, el juego, el amasiato, la enemistad.....los desórdenes todos.

El pastor, el párroco, habia trabajado por limpiar su sementera, de la mala yerba; pero sus sudores habian sido infructuosos, porque ya sus obstinados é ingratos feligreses se habia acostumbrado á despreciarlo y reirse de las lágrimas que por ellos vertia.

La autoridad civil y la política, que en aquellos tiempos no regeneraban como ahora de la fé de Jesucristo, trabajaban tambien por la moralidad de su pueblo; pero en vano!

En tal conflicto se recurria al medio poderoso de una *Mision*.

Ved salir del apostólico colegio de Guadalupe, dos, tres ó cuatro religiosos, á pié, apollados en un tortuoso baston, con un crucifijo al pecho y un Breviario sostenido con la mano izquierda junto al corazon; sus pies calzados con unas toseas andalias: uno de ellos, el presidente, lleva una imágen de la inmaculada Madre del Misionero Divino; imágen que representa los dolores que la inconsolable Reina de los Mártires sufrió al pié de la Cruz.

¿A dónde se dirigen esos hombres vestidos de sayal tosco que infunde un *no se qué* inesplicable en el espíritu?

Van á ese pueblo, á esa villa ó á esa ciudad que hemos contemplado como víctima de los vicios.

La sola noticia de la llegada de los misioneros ha conmovido los ánimos.

Los predicadores guadalupanos se presentan.

El párroco y las autoridades civil y política, en union del pueblo todo, rodean á los misioneros, y admiran su pobreza, su abnegacion, su celo y sus semblantes llenos de dulzura y de amabilidad.

Comenzó la mision.

Esa voz á la cual ha prometido el Señor mucha ofica y mucha virtud, resuena ya en medio de la plaza.

Millares de oidos la escuchan.

El cuadro es imponente.

No lo era mayor el que se presentaba en Atenas cuando predicaba Pablo.

Y desde el primer dia, el pecador experimentó algo de nuevo allá en los recónditos senos de su conciencia.

Sus ojos vertieron un llanto inusitado, porque traia entre su amargura, un bálsamo, que caia con suavidad sobre su corazon lacerado.

La mision continua.

La predicacion es cada dia mas imponente.

Los confesonarios se cernian á los empujes de las personas que los rodeaban con ansiedad.

La mision concluye.

¿Y como está ya esa poblacion?

Trasformada.

Los enemigos se han reconciliado y se han estrechado con un abrazo de amistad, de fraternidad y de paz: los esposos desunidos por riñas, por las infidelidades ó sea por la maledicencia, han entrado en una nueva época de felicidad y se aman entre sí como entre sí se aman Jesucristo y su Iglesia: los hijos protervos se han postrado como el prodigio del Evangelio, diciendo á sus padres: pequé contra el cielo y contra vosotros: las mujeres que eran la piedra de escándalo, la ruina y la perdicion de muchas almas; cuál otras tantas Magdalenas se abrazaban para siempre de los divinos piés de Jesus: desapareció la embriaguez, se extinguió el juego, se apagaron las riñas, los vicios todos han huido como las fieras

sanguinarias al presentarse la apacible luz del nuevo día!

¡Los justos en union de los pecadores, se han acogido al Señor Dios de las misericordias y á la que es Madre de los justos y de los pecadores!

¡Transformacion sublime! ¡transformacion digna de ser contemplada con sumo respeto, y meditada profundamente!

Ved en ese cuadro el tipo de mil y mil iguales que aparecian en las santas misiones.

En el curso de nuestra historia hablaremos en particular de la predicacion evangélica, practicada por los religiosos de Guadalupe, que no solo en aquellos primitivos tiempos fué fervorosa y fructuosísima; si no que siguió siéndolo por todo el tiempo de la existencia del colegio.

Siempre, si, siempre, en todos tiempos y durante el periodo de ciento cincuenta años que existió ese Venerable Seminario de misioneros apotólicos, salieron de él con frecuencia y para todos rumbos de la nacion, misiones evangélicas; operarios celosos de la viña de Jesucristo. Por eso desde entonces su fama ha volado por todos los lugares de nuestro suelo, de de el Atlántico hasta el Pacífico, y desde los frios desiertos de Tejas hasta las ardientes costas de Tehuantepec. Fama bien merecida, aunque no buscada.

“La caridad recorriendo los caminos con pasos agigantados, esparce sus maravillas *por todo el orbe.*”

Veamos ahora los heroicos esfuerzos de los misioneros guadalupanos, para la conquista espiritual del vasto país del Nayarit.

La extencion de esa gran comarca abraza cerca de cincuenta leguas en su mayor latitud, y su contorno puede calcularse en doscientas leguas. Su clima es caliente y húmedo, variando á proporcion de las alturas de sus sierras y de la profundidad de sus valles.

El terreno está regado por algunos rios y pequeños torrentes.

Los rios principales son: el de S. Pedro, que descien- de desde los confines de Guadiana: el Conyoqui que entra en confluencia con el de S. Pedro: y el Guazamota que corre de Oriente á Poniente, y que toma distintos nombres, segun el terreno que atraviesa, como son las misiones de Peyotan y de Jesus María, y vá á confundirse con el rio de Chalapana límite del Nayarit al Suroeste.

El origen de los nayaritas se pierde en la oscuridad de los tiempos. Acaso fué una tribu que se separó de los primeros pobladores de la antigua Tlapallan, que marchaban al valle de México guiados por el famoso Hueman. Eran idólatras como todos los primeros pobladores de de nuestro país. Sus ídolos eran tres, llamados Tayoapa, Tate y Guamamoá. Su dialecto llevaba el nombre chota ó cora: deribado, sin duda, del idioma nahuatl, mejicano primitivo.

La primera noticia que se tuvo de estar habitado el Nayarit, parece que fué por los años de 1616, en que se revelaron los famosos tepaluinos, como se vé en la historia antigua mejicana, y fueron á ocultarse en aquellas sierras.

Por los años de 1668, viniendo de California y habiendo atravesado las provincias de Sinaloa y Acapone-ta, se internaron en el Nayarit los misioneros Fr. Juan Caballero y Fr. Juan Bautista Ramirez, franciscanos, pero se le presentaron insuperables dificultades para llevar á efecto la conversion de aquellos gentiles.

D. Francisco Bracamonte, por órden de la real Audiencia de Guadalajara, emprendió la reducion de los nayaritas, y alucinado con algunas demostraciones de docilidad de algunos de ellos, se internó á la provincia acompañado unicamente de once hombres. Los bárbaros se precipitaron sobre ellos y dieron muerte al Sr. Bracamonte y á algunos de sus compañeros, escapando solo dos eclesiásticos que le acompañaban para catequizar á los nayaritas.

Por segunda vez se acometió la empresa á empeños de la misma Real Audiencia, y se mandaron cien hombres que mandaba el Sr. D. Faancisco Mazorra. La expedicion no sufrió desgracias; pero fué del todo inútil.

Entonces la Real Audiencia, á vista de las dificultades que se presentaban para la reducion del Nayarit, pensó en union del duque deAlburquerque, como el medio mejor de la conquista de la provincia, que era para aumentar los dominios temporales, sino para conseguir la conversion de aquellos bárbaros, era valerse únicamente de misioneros, dejando ya de pensar en la fuerza de las armas. Entonces se pensó en el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, quien en 1711 recibió encargo y súplicas de la repetida

Real Audiencia, para que por medio de su ardiente caridad hiciera cuanto le fuera posible para traer á la fé á los nayaritas.

El R. P. Alcocer dice que la Audiencia de Guadalajara recibió una cédula del Rey, fecha 31 de Julio de 1809 en que se ordenaba hacer todo empeño por la conversion de las tribus del Nayarit. Y que despues de haber hecho heroicos esfuerzos para conversion tan importante, fueron cinco religiosos franciscanos de la Provincia de Guadalajara y otros varios eclesiásticos seculares, no se consiguió cosa alguna. Luego se pensó en el V. P. Margil, quién recibió como órden del cielo la insinuacion de la Audiencia.

Pasó el V. P. á aquella capital para arreglar lo conveniente para la mision, y por el camino para el Nayarit fué misionando con admirable fervor. En el pueblo de Guajuquilla fué á reunirse con el P. Predicador Fr. Luis Delgado Cervantes, religioso, tambien, guadalupano.

Llegaron los dos misioneros á Guazamota, muy cerca de donde habitaban los indios gentiles, y desde allí les mandaron dos nayaritas mansos, como embajadores ó comisionados para hablar con ellos sobre las misiones de que se trataba para su bien espiritual y temporal.

Viéndose el V. P. á las puertas de aquella vasta region habitada por idólatras, ya se deja conocer cual seria su celo, y cuales sus ardientes deseos de internarse en aquellas serranías á iluminar aquellas almas con la brillante antorcha de la fé, como lo habia hecho muchas ve-

ces en los dilatados desiertos de la provincia de Guatemala.

El V. P. habia deseado el martirio en muchas ocasiones, y es de creer que al verse cerca de los feroces mayaritas, ese deseo tomase nuevo vuelo y asombroso incremento. No debemos pensar menos de su apostólico compañero Fr. Luis Delgado Cervantes.

Todo lo acontecido lo manifestó el V. P. á la Audiencia, en el precioso documento que copiamos á la letra, y que formó el V. P. Margil con fecha 10 de Junio de 1711.

“M.P.S. Habiéndose servido S. M. [Que Dios guarde] mandar por su Real Cédula de 31 de Julio, se tratase de la conversion, á nuestra santa Fé Católica, de los indios que habitan en la Sierra Madre ó Nayarit, ordenando á V. A. aplicase todo el esfuerzo posible, y necesario al fin de la consecucion, y lógro de tan provechosa reducion; determinó luego esa Real Audiencia, como tanta celosa de la honra de Dios y servicio de su Magestad, el poner luego en ejecucion dicha conquista: y siendo preciso para ella usar primero de aquellos medios suaves y atractivos, en que sin el militar estruendo ni derramamiento de sangre pueden lograrse: siendo la predicacion Evangélica entre todos los medios suaves conducentes á este fin, el mas proporcionado y eficaz, determinó á V. A. se usase ante todas cosas de él, eligiéndome para ello, y ordenándome pasase á solicitar el entrar en dicha sierra, y por medio de la predicacion evangélica atraer á los bárbaros que la habitan, fiando del em-

pleo apostólico (en que tan indignamente me hallo) esta tan importante y principal diligencia. En cuyo obediimiento determiné, el partir luego á dicha sierra como lo ejecuté saliendo de esta Ciudad el dia 20 de Marzo de este año: y haciendo Mision en todos los Pueblos y lugares, en que, en prosecucion de mi viaje, fuí entrando. Llegué al Pueblo de S. Diego de Guajuquilla, donde me esperaba el Padre Fray Luis Delgado Cervantes, de mi religion, á quien tenia destinado para que me acompañase en esta empresa, y hecha nuestra mision, en dicho pueblo, salimos de él el Padre y yo, para Guazamota, distante 30 leguas, sin otra compañía, que la de cuatro indios: dos del pueblo de S. Nicolás de Acuña, llamados D. Juan Márcos y D. Pablo Felipe, el otro de Pueblo de Colotlán, llamado Juan Pacheco. Para el efecto de que fuesen en nuestra compañía nos los habia dado el General D. Pedro Alvarez de Rom, y un buen indio tarasco, llamado José Francisco, que desde nuestro colegio vino en mi compañía. Y llegados al dicho pueblo de Guazamota, por ser este tan inmediato á la sierra, resolvimos, que en el interin que en él haciamos mision pasasen á dicha sierra los dichos D. Juan Márcos y D. Pablo Felipe con embajada al Hucitacat y principales de ella, en que por carta que les escribimos les noticiamos nuestra ida, y el fin que en ella teniamos que era unicamente su reducion al gremio de nuestra Santa Madre Iglesia, asegurándoles serán mantenidos en todas sus tierras, sin que en ellas, ni en sus bienes padeciesen me-

noscabo; y asegurando juntamente á todos los apóstatas y facinerosos, refugiados en dicha sierra, el perdón general de todos sus delitos, en virtud de la Real providencia á este efecto librada, para que les constase y les fuera mostrada, entregamos á dichos D. Juan Marcos, y D. Pablo Felipe; y tambien el Testimonio de la Cédula de su Magestad, para que así mismo les constase, procediendo en virtud de su real mandato, á esta conquista; en que allanándose á recibir nuestra Santa Fé Católica, serian recibidos en la proteccion Regia con toda benignidad, sin que en sus personas y bienes experimentasen la menor vejacion; y sí mucho abrigo y favor para vivir en adelante con toda quietud y tranquilidad. Persuadíles de esto en dicha carta con toda eficacia y cariño. Y para mas obligarlos, remitimos al Huicitacat con dichos portadores, la imágen de un Santo Cristo, y un Rosario. Y habiendo entrado con esta embajada los dichos D. Juan Marcos y D. Pablo Felipe, volvieron al dicho pueblo de Gnazamota dándonos razon de como habian llegado á un rancho llamado Coaxáta, allí los habian detenido algunos indios nayaritas, y que participando el fin á que iban con la carta y despachos que llevaban, los detuvieron mientras que convocaban á todos los viejos y principales, quienes juntos en dicho rancho les manifestaron los despachos y dieron á entender su contrato, quitaron la carta, la imágen de Cristo y la Rosario que llevaban para el Huicitacat, y que habiéndolos oido con toda atencion, y enterados de lo que se les proponia

respondieron resueltamente, diciendo: *no queremos ser cristianos.* Y que persuadiendo los dichos D. Juan Marcos y D. Pablo Felipe con toda suavidad á que admitiesen la Santa Fé, les habian hasta por tercera vez respondido *no querer admitir, por habérselos así mandado su principal Nayarit,* que es un esqueleto, en quien idolatran; y que visto no poder reducirlos por estos cariñosos medios les habian propuesto, el que padecerian total destruccion negándose á admitir la Santa Fé, que se les proponia: serian á fuerza de armas aniquilados; dándoles á entender, tenerlo así resuelto su Magestad, y tampoco haber bastado esta amenaza; á la que resueltamente respondieron, diciendo: *que aunque les quitasen las vidas, no habian de admitir la Santa Fé.* Y volvieron la imágen del Santo Cristo, y Rosario, con la carta y despachos expresados, les obligaron á que se saliesen, como todo nos lo trajeron por escrito dichos indios, de letra del mismo D. Pablo, cuya copia á la letra es la adjunta, que saqué de mi letra, por pedirme dicho D. Marcos el original, que pára en su poder. Habiendo vuelto con esta razon, continuamos nuestra Mision en todo el dicho partido de Guazamota, hasta el Pueblo de S. Lucas, penúltimo de la cristiandad, distante cuatro leguas del referido de Guazamota. Y concluida en él la Mision, el dia 19 de Mayo, salimos ese mismo dia en la tarde para la Sierra, en procesion desde la Iglesia, acompañándonos el Reverendo Padre Ministro de aquella feligresía, y los principales de ella, hasta los términos de dicho Pueblo de S. Lucas, en

donde acababa de cantar la Letanía de Nuestra Señora, y hecha una breve Plática, pedimos á dicho Reverendo Padre Ministro su bendicion, que nos la dió con el Santo Cristo de la Mision en las manos. Despedidos con gran ternura de todos, nos fuimos ya entrando tan solamente dicho P. Fr. Luis Delgado, mi compañero, y yo, y los cuatro indios ya expresados [los 3 que para este fin nos habia dado dicho capitan D. Pedro de Rom, y el Tarazco:] porque ninguno otro de aquellos pueblos fronterizos quiso acompañarnos, diciendo: que no querian entendiesen los Nayaritas, que ellos nos habian llamado, ó conducido á esta entrada, ni perder la gracia y amistad de dichos Nayaritas; por lo cual entramos solos los seis sujetos expresados. Y habiendo caminado dicha tarde como tres leguas llegamos á una huertecita de un indio llamado Antonio Rodriguez, del pueblo de S. Juan, último de la cristiandad, y ya casi en el despoblado, porque los naturales que antes tenía, se han alzado, y retirado á la sierra. Y en este paraje á quien pusimos por nombre S. Bernardino de Sena (*), pusimos altar y dijimos Misa el dia siguiente, y puesta en él una cruz grande, como tambien la habiamos dejado puesta en todos los parajes, donde habiamos llegado, y dicho Misa, en la distancia de

(*) Entiende aquí nuestro V. P. Margil el dia eclesiástico, pues llegó al paraje *subrayado* el dia 19 de Mayo en la tarde como consta de otro papel firmado de su puño, que acompaña á este que traslado.

treinta leguas, que hay de despoblado desde Guajuquilla hasta Guazamota. Salimos el dia 21 de Mayo de dicho paraje de S. Bernardino, entrando en la sierra con dichos cuatro indios nuestros compañeros. Y habiendo caminado como dos leguas, nos salió al encuentro un indio envijado de los de adentro, y armado de arco y flechas, nos llegó á preguntar, si llevábamos armas. Y respondiéndole el interprete, no llevamos algunas, y que ya nos veia á todos á pié, sin mas armas, que unas cruces en las manos, porque hasta los dichos indios nuestros compañeros llevaban una cruz, de poco mas de una tercia en las manos; se volvió á dar á los Nayaritas aviso. Y continuando nosotros nuestro camino, andando poco mas de una legua, llegamos al último paso del Rio de Guazamota, y puesto que llaman Garita, donde dejamos cinco Ranchos á mano derecha, y cuatro á la izquierda en que habitaban los indios cristianos alzados de los pueblos católicos, que se habian retirado á dicha sierra, y les habian amparado los Nayaritas, á quienes en todo obedecian. Y ocurriendo á la otra banda del Rio algunos Nayaritas, comenzamos á llamarles con mucho agasajo, y ninguno quiso llegar; antes nos coqueaban y mofaban; y como entre cinco y seis de dicho dia 21 de Mayo, se desprendieron de un cerrito, que está en dicho pueblo de la otra banda del Rio, treinta y seis indios Nayaritas envijados, armados de arcos, flechas y machetes dando todos alaridos, bibrando las armas, y apuntándonos con ellas, con aparato de guerra; y viendo esto, me fui

largo para ellos, siguiéndome dicho P. Fr. Luis, mi compañero, y puestos en su presencia comenzamos á exhortarles, y á predicarles, diciéndoles: que si venian á quitarnos las vidas, las dariamos con mucho gusto, por conseguir se redujesen á nuestra Santa Fé; y diciendo esto, nos pusimos en cruz cara á cara con dichos Nayaritas, teniendo en los pechos la imagen de un Santo Cristo. Y viéndonos inmóviles se suspendieron, con que tuvimos mas ocasion de exhortarlos, y abalanzándome á un viejo, que los capitaneaba, le abracé tiernamente, con lo que se amanzó como un cordero, y se pasó á hablar con nuestros intérpretes y otros tres, que mostraban ser de adentro; y entender como ibamos enviados de Dios y del Rey, solo á efecto de conseguir se redujesen al suave yugo de la Iglesia, y admitiesen nuestra Santa Fé, asegurándoles de nuevo tendrian con esto gran consuelo, y que no padecirian daño alguno en sus personas y bienes, con todo lo demas, que de antecedete se les habia dado á entender por medio de los dichos indios, nuestros mensajeros; y enterados de todo esto, no queriendo reducirse, dije á é nuestros interpretes, dijese, como no hallándose por medio de paz á reducirse, enviaria Nuestro Rey, soldados, que á fuerza de armas los redujesen. Y enterados, tambien de esto, respondieron diciendo: que nos causabamos mos, porque ellos eran enviados de sus viejos y principales á decirnos, que ya habian oido nuestros despachos y que no querian ser cristianos, y con órden expresa de que si pasábamos de aquel paraje, nos quitasen luego la

vida, y que de no ejecutarlo así, se las quitarian á ellos, por traidores; y en caso de quererles acometer con fuerza de armas, se defenderian, no solo por sí; sino por los pueblos cristianos sus circunvecinos; pues los mas de ellos les ayudarian con sus armas. Y con grandes instancias y resolucion nos dijeron, tratásemos de volvernos; porque de resistirlo y querer dar paso adelante, les era preciso ejecutar la órden que traian. Y sin esperar mas razones, volvieron las espaldas retirándose al cerro de donde habian salido, diciéndonos con mucha gritería: nos volviésemos, porque de no ejecutarlo nos quitarian la vida. Y uno de ellos, haciendo grande escarnio è irrision de nosotros, nos arrojó un zorro muerto, diciendo, tomad eso para cenar esta noche. Con lo cual del todo se retiraron. Y visto esto nos recojimos á nuestra ramada, y propusimos á los indios nuestros compañeros, el que sin embargo nos era preciso en cumplimiento de nuestra obligacion pasar adelante, para que si ellos quisiesen libremente seguirnos, lo hiciesen, y que para ello, el dia siguiente habiamos de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y acabado, habiamos de proseguir nuestro viaje: á que dichos cuatro indios con católico esfuerzo, nos dijeron estas palabras: si os determinais, Padres, á pasar á dentro, aunque con tan manifiesto peligro de la vida, os hemos de seguir. Y el dicho D. Pablo Felipe nos propuso, el que en aquella noche iria el solo á ver al indio viejo, que vino capitaneando á los 36 Nayaritas, asegurándonos lo conocia muy bien, y que era cristiano apóstata, y que vi-

via detras de dicho cerrito, donde tenia su rancheria donde iria á verle aquella noche, y mas espacio trataria la materia y procuraria reducirle. Y pareciéndonos medio proporcionado, fué de hecho D. Pablo á la ranchería de dicho indio viejo, y cariado con el latamente, nos dió la razon, y respuesta siguiente: decidles á los Padres, que yo y muchos de los que salimos somos cristianos alzados y el uno español, que se quedó atras, de vergüenza, aunque envijato como los otros, y que todos los que estamos aqui Nayaritas fronterizos, estamos sentenciados por los viejos principales, si los dejamos pasar de esta banda del Rio, para adelante, y que de no matarlos nosotros á ellos; los de adentro han de matarlos á ellos y á nosotros. A nosotros por traidores y á ellos por rebeldes. Y diles de parte mia, con mucho secreto, y de todos los que nos hallamos fronterizos, aunque alzados, que luego que vengan soldados, nos arrimaremos á ellos, todos, sin quedar ninguno de cuantos estamos en estas entradas, para que con eso, podamos libremente quedar cristianos, sin el temor de que nos maten estos bárbaros Nayaritas. Y que viniendo con soldados les serviremos y asistiremos de guia, armados ó desarmados como quisieren; y que hasta que vengan acompañados, de soldados no pasen adelante; porque no teniendo nosotros quien nos defienda y ampare, nos es preciso quitarles las vidas si pasan adelante; porque de no hacerlo así, pereceremos ellos y nosotros.—Este fué el razonamiento y respuesta, que dicho indio viejo, capitan de los

36 indios Nayaritas, que nos salieron al encuentro, nos trajo nuestro indio D. Pablo; con el qual conferenciamos, y vista la resolucion de los Nayaritas, y razonamiento de viejo, considerando no habia de lograrse el deseado fin de su conversion, con el hecho de dar por ella nuestras vidas; y que antes pudiera con esto crecer su orgullo y osadía, como acaeció en la muerte que ejecutaron en su capitan Protector D. Francisco Bracamonte y personas que le acompañaban, con que adquirieron mas petulancia y orgullo; determinamos volvernos de aquel puesto, y no pasar adelante; y venir yo á esta Corte á dar á V. A. razon de lo que ha acaecido, é informarle todo lo que siento, como se me tiene mandado.»
